

EL OLIVO MILAGROSO

Cuenta la leyenda que, allá por el siglo X unos apóstoles andaban evangelizando por Al-Andalus.

Uno de ellos, se cree que Torcuato, recaló por las faldas de la montaña sagrada, de nombre Zagra, su avanzada edad hizo que allí le llegara la muerte y enterrado fuera en una vaguada de la montaña.

Años más tarde, en aquel lugar donde fue enterrado el hombre santo, brotó un frondoso olivo de corpulento tronco y profundas raíces, crecido de pronto entre pinos, robles y encinas, el olivo brillaba como cosa extraña, hasta que un día de final de primavera surgió la magia o el milagro, el olivo floreció al alba, a media mañana las flores ya se había convertido en aceitunas, al medio día las aceitunas ya estaban engordadas, a primera hora de la tarde ya estaban rojas o moradas, cuando más caía el sol más negras las aceitunas estaban y ya con los últimos rayos del día aceite de las aceitunas manaba.

Quienes por allí pasaban, estuvieron prestos a recoger aquel aceite que, la naturaleza les regalaba, más la sorpresa vino cuando al tomar aquel aceite quienes enfermos estaban, sin saber cómo ni por qué sus enfermedades sanaban.

La magia o el milagro de aquel aceite y donde el olivo se encontraba, fue corriendo de boca en boca de las gentes que, por allí moraban.

La primavera siguiente, cuando la floración del olivo se esperaba comenzó a llegar gente a la vaguada, no solo de aquellas tierras sino también de otras más alejadas, volvió a florecer el olivo y destilar aceite al ocaso, a sí año tras año, su fama

milagrosa se hizo extensa y reyes moros y cristianos supieron de aquel olivo que, su aceite sanaba.

Estaba el olivo en tierras moras y los reyes de Córdoba y después de Granada mandaron talar el olivo milagroso crecido sobre la tumba del santo, pero no servía de nada, porque no importaba si talaban o arrancaban, el olivo volvía a crecer y a dar su milagrosa sustancia.

Hasta Roma y hasta el Papa llegó la noticia de que, sobre la tumba de un apóstol en la lejana Al-Andalus, un olivo milagroso se hallaba, mandó un emisario el Papa hasta la corte de Medina Azahara, a pedir permiso al califa para sacar y llevar aquel cuerpo hasta tierras cristianas.

Pasaron los siglos y aquella tierra pasó a ser cristiana y cerca de aquel olivo se construyó una hermosa ermita, para loar a dos santas hermanas, hijas de moro y cristiana, asesinadas por su tío por no renunciar a su fe cristiana.